



# Algo escrito

## EMANUELE TREVI

TRADUCCIÓN DE JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA

narrativa **sextopiso**



***Algo escrito***

# **Algo escrito**

EMANUELE TREVI

TRADUCCIÓN DE JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Qualcosa di scritto*

Copyright © ADRIANO SALANI EDITORE S.P.A., 2012  
PONTE ALLE GRAZIE, un sello editorial de ADRIANO SALANI EDITORE

Primera edición: 2019

Traducción  
© JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA

Imagen de portada  
*Pier Paolo Pasolini and Laura Betti*  
© ELISABETTA CATALANO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-47-2  
Depósito legal: M-22906-2019

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

A mi padre

«Es una novela, pero no está escrita como están escritas las verdaderas novelas: su lenguaje es el que se usa en el ensayo, en ciertos artículos de prensa, en la crítica, en las cartas personales y aun en la poesía».

PIER PAOLO PASOLINI, *Petróleo*  
(carta a ALBERTO MORAVIA)

«Por eso mi obra se veía a menudo insuficientemente iluminada; voltaje había, pero, como me limitaba a las técnicas del género en el que trabajaba, dejaba de usar todo lo que sabía de escribir: todo lo que había aprendido de los guiones cinematográficos, de las obras de teatro, de los reportajes, de la poesía, del relato, de la novela corta, de la novela. Un escritor debería tener todos sus colores, todas sus dotes disponibles en la misma paleta para poder mezclarlas (y, cuando conviniera, para aplicarlas a la vez). Pero ¿cómo?».

TRUMAN CAPOTE, *Música para camaleones*

De las muchas, demasiadas personas que trabajaron para Laura Betti en el Fondo Pier Paolo Pasolini de Roma, todas con su pintoresco bagaje de recuerdos más o menos desagradables, creo poder jactarme, si no de otra cosa, de una capacidad de resistencia por encima de la media. No es que se me ahorrasen mínimamente las cotidianas e imaginativas vejaciones que la Loca (como enseguida la llamé para mí) se creía en la obligación de infligir a sus subordinados. Al contrario, yo le era tan irremediabilmente *odioso* (no hay palabra más exacta) que hería todas las fibras de su proteico sadismo: desde la inagotable invención de remoquetes humillantes hasta la amenaza física pura y dura. Cada vez que entraba en las dependencias del Fondo, en un caserón tétrico de la plaza Cavour que hacía esquina, no lejos del foso de Castel Sant'Angelo, percibía de manera casi física aquella hostilidad animal, aquella rabia incontrolable con la que, como esos rayos en zigzag que se ven en los tebeos, me fulminaba desde detrás de las lentes de sus grandes gafas de sol cuadradas. Y entonces me daba los buenos días, con distintas fórmulas: «Buenos días, putilla. Ya va siendo hora de que TE BAJES LOS PANTALONES, ¿no? ¿O es que te crees que una putilla zalamera como tú va a quedar por encima DE MÍ! ¡Pues estás fresca!». Sólo el prorrumpir de una carcajada cavernosa, contrapunteada por un sonido indescriptible, entre berrido y sollozo, que la volvía más amenazante, ponía fin a aquella primera sarta de ocurrencias. Rara vez la avalancha de ofensas que le caía al desgraciado de turno respondía a una idea con sentido. Y es que, por regla general, la Loca detestaba todo lo que tenía sentido, fuera lo que fuera. No había instrumento humano que, en sus manos, no se transformara en un artefacto

peligroso. Y el lenguaje no era una excepción. Sus invectivas giraban en torno al eje de un epíteto ofensivo, saboreado con delectación y repetido sin cesar, como si en eso, en la pura formulación del insulto, estuviera el jugo de lo que decía. Si lo dirigía a un hombre, el epíteto solía ser femenino. Incluso las personas a las que apreciaba y estimaba debían sufrir esta especie de emasculación simbólica. Alberto Moravia, por ejemplo, al que estaba muy unida, en cierto momento pasó a ser «abuela» y ya no hubo nada que hacer.<sup>1</sup> Todo lo demás que decía, una vez pronunciada la ofensa, era pura y simple improvisación: una cárcel piranesiana de animosidad y desprecio, que no se cuidaba de la lógica ni de la sintaxis. «Putilla»: desde los primeros días, aquélla fue la síntesis, la fórmula perfecta de lo que yo le inspiraba. Numerosos y fulminantes, los adjetivos seguían al sustantivo como siguen los sabuesos el rastro de una zorra. Putilla zalamera, vanidosa, mentirosa, *fascista*. Jesuita, asesina. Ambiciosa. Yo aún no había cumplido los treinta pero ya me había recorrido a tientas, como el prisionero de Edgar Allan Poe, las paredes, húmedas y oscuras como corresponde a todos los sótanos, de mi carácter. Que no toda la culpa era de la Loca lo admitía yo fácilmente. Lo que la sacaba de quicio era mi voluntad de complacerla, mi falta manifiesta de agresividad y, en definitiva, esa indiferencia que siempre ha sido mi única defensa contra las amenazas del mundo. No había duda de qué tipo de réprobos se encargarían gustosos de dar tormento eterno a aquella especie de monstruo dantesco, siempre rodeado del humo de los cigarrillos que dejaba que se consumieran en el cenicero, con su mole inmensa y su pelo de un terrorífico color entre naranja y rojo, recogido en un moño que no dejaba de recordar, cuando lo agitaba, al surtidor de una ballena o al penacho de una piña psicótica. Laura odiaba a los hipócritas y, en general, a todas las personas que, incapaces de expresarse, le parecían *falsas*, condenadas a esconderse detrás de una máscara de cartón piedra. Era esto lo que me gustaba de ella, aunque sufriera las consecuencias. Me parecía que, oculta en los rincones de toda aquella hostilidad, había una especie

de medicina, de enseñanza salvadora. Por eso, ya a las primeras semanas de ir al Fondo, en que viví pronto la experiencia de toda clase de tempestades anímicas, desde las más leves a las más graves, decidí que el tiempo que pasaba allí, a la sombra de aquel Chernóbil mental, estaba bien empleado. ¿Qué era exactamente? ¿Un castigo que me imponía a mí mismo para expiar algún gravísimo pecado? ¿Un ejercicio espiritual llevado al más riguroso masoquismo? En algún momento, no cabía duda, la Loca me despediría, como había hecho con tantos otros (hubo relaciones laborales que no duraron más de una hora). Pero yo, en lo que de mí dependiera, nada haría por irme. Mi cometido, que ni siquiera era complicado, consistía en localizar las entrevistas que Pasolini había concedido, desde las primeras, que se remontaban a la época del juicio a *Ragazzi di vita*, hasta la más famosa, que concedió a Furio Colombo pocas horas antes de morir.<sup>2</sup> Y cuando tuviera reunido todo el material, tendría que editarlo. No era nada del otro mundo, aparte del esfuerzo que requería, y Laura era muy generosa con el dinero. Le gustaba dar cheques, que extendía a su modo dramático, con lo que convertía toda remuneración en un regalo inmerecido, en un robo que se cometía contra su grandeza de alma, y en una evidente e invariable confirmación de esa grandeza. De haber podido, habría esculpido en mármol aquellos cheques. También era muy hábil para captar cualquier financiación pública que le permitiera costear las iniciativas del Fondo y pagar algo al personal fijo: un excelente archivero, Giuseppe Iafrate, paciente y desapegado como un bonzo tibetano, y un par de chicas a las que despellejaba vivas, pero que, sin reconocerlo ni siquiera ante sí mismas, casi acababan queriéndola. En cuanto a mí, sabía que tarde o temprano me despediría sin más: lo sabía matemáticamente. El caso es que Laura tenía sus propias ideas sobre cómo publicar aquellas entrevistas. Eran ideas disparatadas e incomprensibles, con las que me atormentaba horas y horas, y que no me eran de ninguna utilidad. «Óyeme bien, putilla, esas entrevistas de Pier Paolo QUEMAN, ¿entiendes? Las has leído y lo sabes. *Que-man*. Por eso,

en el libro, todas las palabras deben VOLAR. ¿Sabes lo que es que *una forma vuele*? Tienes que hacer que vuelen, vuelen, vuelen». Y yo: sí, Laura, estoy de acuerdo, es lo que yo quiero también, que *vuelen*. Como cometas. En realidad, yo quería publicarlas como se merecían y no sabía qué quería decir con lo de que volaran. Seguía el único camino que me parecía posible. Ante el hecho consumado —preveía yo—, al fin se desencadenaría la catástrofe. Y así ocurrió. Cuando localicé todas las entrevistas, las ordené cronológicamente, corregí descuidos y erratas de los periódicos, traduje algunas del francés y del inglés y las acompañé de largas notas informativas. Por último, escribí un ensayo introductorio en el que trataba de explicar que Pasolini, como ningún otro artista de su tiempo, había considerado la entrevista un género literario que distaba de ser menor y ocasional. Llegados a aquel punto, ya no fue posible seguir aplazando el momento de rendir cuentas. Todo el tiempo que duró la última reunión que tuve con Laura en su despacho estuvo agitándose la hoja bien afilada de un cúter a pocos milímetros de mi yugular. La ristra de insultos había alcanzado niveles de funambulismo verbal dignos de un Rabelais. Comprendí lo exacta y literal que era la expresión *echar espumarajos por la boca*. Temía que de un momento a otro le diera un ataque de apoplejía, del que yo sería de algún modo responsable. La pobre carpeta con mi trabajo había acabado, no sin la melodramática solemnidad de siempre, en la papelera. La amenaza de aquella cuchilla era tremenda, pero no creía yo que la Loca llegara al extremo de matarme o herirme: no era ese tipo de locura. Menos el ataque con arma blanca, lo había previsto todo y me había obstinado en hacer el trabajo como mejor me parecía. Llevaba muchos meses yendo al Fondo, ya más de un año. Trabajaba lentamente y se me habían asignado otras tareas que retrasaron la selección y preparación de las dichas entrevistas. Lo que terminaba tan bruscamente, pues, había sido para mí, en todos los sentidos, un período de tiempo muy *instructivo*: no sabría definirlo de otro modo. Lo consideraba una especie de aprendizaje. Todos tenemos que

aprender algo y, antes que nada, que aprender a aprender. Pero las únicas escuelas dignas son aquellas que no elegimos y cuya puerta, por así decirlo, franqueamos por casualidad, igual que las únicas materias en las que conviene que profundicemos son aquellas que ni siquiera tienen un nombre exacto, y menos aún un método racional de aprendizaje. Todo lo demás, al final, es relativo. Laura era un libro de texto ruidoso e ingrato de hojear, pero lleno de revelaciones que, si bien difíciles de definir, no eran menos punzantes. A esto hay que añadir, porque se trata de un hecho fundamental, la publicación de *Petróleo*, que cayó sobre el pequeño reino de Laura de la plaza Cavour como un rayo, como un puñado de pólvora arrojado a un fuego crepitante.